

3432

B.D.C.



FRANCO EN BARCELONA

A llegado a la capital catalana el "caudillo". Nos confirma la noticia el eco de la explosión de una bomba a él dedicada por el proletariado catalán.

Editorial

Espadas son triunfos

Los estadistas americanitos que beben los vientos por Franco en las sesiones de ópera cómica de la O.N.U., tienen el valor de un duro de plomo o sevillano. Obedecen a la voz de su amo, Franco, como obedeció éste a la voz de otro amo: el alto jerifalte del Vaticano.

que decoro; aristocracia sermonea y ceremonial, amiga de lentejuelas, de colorines y de almidón; ganosa de chatarra decorativa, delirante de aparato y de campanillas.

No es extraño que quienes deban el resuello a la coyunda entre monjas y satiros rollizos de sacerdotisa, aplaudan a Franco, voten y loen a Falange. La voz de la sangre reclama aquí lo que es suyo. La solidaridad tendida por encima del Atlántico es un negocio negro, es decir, de curas. Hay algo que apenas se discute en América: el privilegio de la religión o derecho de perna de los buitres ensotanados.

¿Qué cabe esperar de los equipos de seminaristas que rigen los destinos de la «dibre América», sino plácemes y genuflexiones ante el que presume de poder? Nada exalta la fantasía de los débiles como el aparato y presunción de la fuerza. La colonización congregacionista, jesuítica y clerical, es causa en aquellas castas de pobreza en glóbulos rojos. Al fuego solar del trópico, a la malaria, a la desnutrición espiritual y a la anemia endémica, se junta la obra demoleedora de las sanguijuelas negras, de las tenias o solitarias vaticanistas. Y el factotum criollo, vegetante entre campos de yuca, reviste su escaudada fachada con capas de almidón, convertido en estuco o escayola. Así es de aparatoso el oficialismo mestizo. Y lo aparatoso gusta de lo aparatoso; de los gobiernos de aparato, de las dictaduras y fascismos de aparato. Ningún monterilla hispanoamericano resiste ante una recepción en Madrid, con música de adulación publicitaria y con remate de condecoración. Franco puede meterse en el bolsillo a todos los canchales de América cervantina con la simple condescendencia de escuchar sus versos y publicar su retrato.

Hay en España inmensos criaderos de sotanas como existen también extensas dehesas para la cría y generación espontánea de reses bravas. La cría de hábitos y sotanas, satisfecho el cada vez menos exigente mercado interior, es un negocio de cara a la exportación ultramarina. En América de habla cervantina, la importación de hábitos y sotanas es un privilegio peninsular que no liquidó la cruzada bolivariana. En Carabobo, Ayacucho y el Pichincha no se rindieron las sotanas que respaldaban a los uniformados con fajines y entorchados; persisten hábitos y sotanas ostentando su imperio de Indias, engendrando las monjas, frailes y curas, linajes y castas mentalmente adocenadas; rigiendo los destinos de una aristocracia palurda, chapada a la antigua usanza caballerisca aunque sin agallas, con más coro

LA TRAGEDIA del hombre neutro

Dejemos por un momento la letanía de los temas económicos, con su montaña de cifras, su calculomanía, sus vaticinios, buenas venturas y la comitiva de presagios negros. Hablar de economía es hablar de crisis, de graves complicaciones internacionales e interestatales, de sacudidas políticas y de ventoleras guerreras. Hay una crisis más honda que la de las materias primas inaccesibles por carencia de libras o de dólares; más profunda que la de los productos manufacturados sin demanda y sin mercado. Existe una más terrible crisis que la de las cosechas y pantanos sin lluvias. Existe una más insólita calamidad que el bloqueo financiero, la retirada de créditos, la fluctuación y la desvalorización monetaria.

Existe la crisis del hombre que no quiere pensar, que no quiere ver sino por los ojos y cerebro del gobierno, aun echando pestes del gobierno. Que va a la iglesia, sometiendo a todos los sacras-

mentos, aun burlándose del cura y haciendo chistes a expensas de la religión. Existe la crisis del antimilitarista de pacotilla, del antiguerrillista que va al cuartel o se hace guardia para esquivar el cuartel. Existe la crisis de quien se acostó revolucionario para amaneecer político; la metamorfo-

Por J. Peirats

go de fotografías en primer plano y gesto iracundo de comecuras. Existe la crisis del hombre modesto que no lo es, del cartujo con disfraz de revolucionario. Existe la crisis del hombre de buena fe, incapaz de suspicacia pero apático, negligente, porque no sabe y porque no quiso saber. Existe la crisis del condenado por desconfiado; de quien vive en medio de un mundo de pillos en el cual se cree único varón sobre la tierra. Es el caso del hombre socarrón y corrosivo, siempre con el palo en alto, recelando mantobras envolventes, segundas intenciones, a su propia sombra. Existe la crisis del sabelotodo, del pedante que habla escuchándose y ahuecada la voz, amigo de las frases hechas, de los conceptos de molde, asiduo tabarrón de velador de café.

Y existe la crisis del hombre neutro, de quien lo es todo y no quiere ser nada. El hombre neutro se ha fabricado una filosofía a su acomodo: no contrariar a nadie, llevar la corriente, no presumir de color y atenerse a lo suyo. Hemos pensado muchos veces en lo que llamaríamos tragedia del hombre neutro. Millares de ellos son víctimas propiciatorias de los elementos y acontecimientos. Las ruedas del tránsito, un muro que se derrumba, un rayo descontrolado, una carga de la policía o una bala perdida se llevan siempre por delante al desdichado hombre neutro. En la cárcel hemos escuchado repetidamente esta planifera: «Que esté usted aquí se comprende. Usted es un hombre de ideas y de convicciones. Quien busca la algarazara justo es que dé con ella. Pero a mí, un hombre de casa y de trabajo como yo, ¿qué diablos me metería en este lío?»

Por Suno

La Naturaleza, la fatalidad o lo que sea, quiere ser a veces magnánima haciendo pagar los videntes rotos, sentar en el banquillo y purgar los estropicios ajenos, los atrevimientos y travesuras de los más entrometidos, en el infortunado hombre neutro, como significándole que en la lucha por la libertad y por la vida, lucha trascendente y en beneficio de todos, no caben espectadores, comparsas ni convidados de piedra.

EN TORNO A LAS UTOPIAS ANARQUICAS

Nuestros objetores, frecuentemente, en lo concerniente a nuestra proyectada organización de la sociedad futura, nos llaman «utópicos»; en efecto, lo somos, pero no en el sentido que ellos quieren dar al vocablo. Sentido de imponible realización. Utopía significa, principalmente, visión del porvenir. Realistas del presente, somos, pues, utópicos para el futuro.

La estructura de esta sociedad maldita, es por casi todos nosotros conocida y a la par que en libros muy instructivos (recomendamos, al efecto, la obra «El dolor universal» de S. Faure) puede observarse en la propia vida.

La estructura de la sociedad futura, anárquica y libre, debe estudiarse a través de las utopías que escribieron nuestros precur-

sores; por lo tanto, recomendamos también el estudio de las siguientes obras:

«Utopía», de Tomás Moro (visión comunista anárquica); «Viaje a Icaria», de Cabot (excelso relato); «El año 2000», de Edgar Bellamy (bastante interesante); «El fin del mundo», de Camilo Flamarión (liberación de la sociedad por los anarquistas en el sitio); «En el país de Microbia», de Albano Rosell (muy bella); «Tierra libre», de Jean Grave (demostración por los «terraliberianos» de un mundo libre, sin el cáncer autoritario); «Mi comunismo», de Sebastián Faure (la bella Francia organizada anárquicamente); «Noticias de ninguna parte» (News from nowhere), de William Morris (impresionante relato, lleno de una belleza que cautiva. Probable reedición por las Ed. Tierra y Libertad, de Burdeos (1)).

Entre las escritas por el cautivante fantasista Herbert George Wells, recomendamos la lectura del delicioso boceto «En el país de los ciegos» (donde se ridiculiza sobremanera la estupidez megalomaniática de los hombres imbuidos de autoritarismo).

A los que quieran extenderse en más detalles les insinuamos la lectura de «Esbozo de historia de las utopías», por Max Nettlau (ed. Iman Bs. As. 1934).

Siendo como se sabe, Nettlau, el historiador científico de más prestigio que se ha conocido la citada obra es primordial. Shapiro dejó también, al fallecer, una «Historia de las utopías» inacabada.

Paseándonos, no ha mucho por «Le Jardin des Plantes», de Toulouse, ante la armonía allí reinante, la encantadora visión de su artística flora, de sus nobles esculturas simbolizando el amor y la vida, el respeto entre los humanos allí presentes, fuesen niños, jóvenes o ancianos, evocábamos a esa sociedad futura, por nosotros anhelada, donde hasta el trabajo será armonía y la vida—como decía el poeta—será poesía.

(1) El compañero Aláiz escribió recientemente también la obra «Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas» (F.I.A.) que es muy instructiva.

Degeneración provocada

La lectura de la prensa cotidiana, la observación de la conducta social apreciada en su generalidad, el estudio de la evolución de la mentalidad infantil en sus mas variados aspectos, ofrecen el espectáculo lamentable de una degeneración progresiva.

que es más grave, de la explotación con fines comerciales de hechos vandálicos, de sadismo y de criminalidad que despiertan en

Por Homero

las imaginaciones febriles fecundo campo de imitación.

En la observación de la conducta social, se aprecia una recrudescencia en la baja de los valores morales que forman el marco de actividades normales del individuo con respecto a la colectividad. Se desprecia con petulante inconsciencia la actividad

social y se resaltan los méritos de la individualidad que por sí soña y mediante no importa qué procedimientos, trata de elevarse o se eleva del nivel medio económico que fué siempre su terreno de actuación.

Referente a la evolución de la mentalidad infantil, el hecho más sintomático se manifiesta en los juegos y expansiones que caracterizan su dinamismo febril e inconsciente. Juegos violentos todos ellos, en los que, a imagen y semejanza de la sociedad que los envuelve, se caracteriza la lucha constante, el triunfo de la fuerza violenta y la ausencia de toda sensibilidad e instinto social.

Tan dramáticas constataciones son síntomas evidentes de la degeneración progresiva en que se encuentra la Humanidad.

Las causas de un tan lamentable estado de cosas son múltiples aunque encadenadas al mismo origen.

En primer lugar, la deficiente educación que las escuelas oficiales, sean éstas confessionales o estatales, dan a los futuros hombres y en la cual priman sólo los conocimientos a fines especulativos.

La ausencia de toda preparación social y el desconocimiento absoluto de los valores morales que deben presidir toda vida de relación armónica forman el complemento indispensable que garantiza la vacuidad en que se desenvuelve el hombre y la sociedad actual.

En segundo lugar, podría quizás señalarse—aunque como consecuencia inmediata de lo señalado anteriormente—el contacto con un medio ambiente feroz y (Pasa a la tercera).

Consideraciones

Si la naturaleza no tiene conciencia, evidencia, sin embargo, algunas leyes morales intercambiables: el deber del trabajo para todos y el uso, en común, de la tierra, distribuyendo equitativamente, de acuerdo a la exigencia de las necesidades, sus benéficas riquezas. Y, no es solamente en el mundo de los rebeldes que se ha constatado esta orientación racional, sino que, aun dentro de una organización de injusticia y de iniquidad como es la Iglesia Católica, nada menos que San Ambrosio, pudo decir: «Manda la naturaleza: trabajo para todos y comunidad»; pero sus cófrades siguieron acumulando riquezas, explotando al prójimo, viviendo en el ocio y burlándose de la verdad y de la moral, sin importarle poco ni mucho la sentencia de otro prohombre católico—San Basilio—que dijo: «El rico es un ladrón».

En realidad, como expresó un día Victor Hugo, la misma Iglesia es un mercado, una industria, una taberna, una fábrica de moneda, donde se recogen diezmos y primicias, sin haber sembrado ni producido con esfuerzo. Con razón dijo un día el gran teólogo de la Iglesia de Roma—San Agustín—a sus oyentes: «Propiedad, usurpación del trabajo ajeno y ocio, constituyen delincuencia».

Remachando la definición, sentenció San Hilario: «Rezará y no producirá, no abre las puertas del cielo». Y, nosotros que no somos santos ni católicos, ni creemos en el cielo ni en el infierno, también decimos: «Vivir del esfuerzo propio y no depender de los bienes ajenos, es la obligación principal del hombre y un ejercicio de su libertad».

Walter Ruiz.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Del maridaje singular del Hombre y la Tierra se derivan todos los hechos que interesan a la Humanidad. Pero a pesar de ser esto una verdad tan evidente, son contadas las personas que liban en las ricas flores de la Naturaleza para aportar su grano de miel intelectual al inmenso panal de la Ciencia.

Y esto es así, porque, en general se cree, que cultivar la Ciencia es labor exclusiva de los sabios, es decir, de hombres abstraídos de los quehaceres vulgares, y solamente ocupados en profundos problemas de complicadas fórmulas y enigmáticas demostraciones. A desdichar este criterio van dedicadas las presentes líneas, porque, Ciencia no es obscuridad y misterio, dificultad e incompreensión, sino claridad y evidencia, sencillez y lógica, y estos caminos pueden ser recorridos por cualquier cerebro medianamente organizado, mientras cuente con dos cualidades sencillas también, como son voluntad y constancia.

Ciencia es, conocimiento exacto y razonable de ciertas cosas. Todo conjunto de conocimientos fundados en el estudio. Conjunto de conocimientos coordinados relativos a un objeto determinado.

También puede definirse diciendo: rama del saber humano basada en los principios inmutables de la Naturaleza y en las verdades que revelan la experimentación y la estadística, formando un cuerpo doctrinal que puede ser estudiado con relativa independencia.

La Ciencia no admite más hechos que los experimentalmente demostrados por cualquiera que sea. En Ciencia no cabe esoterismo ni misterio. No tenemos obligación de creer lo que no se nos demuestra científicamente, es decir libremente.

Para mayor claridad y eficacia en los estudios científicos, se ha hecho una división de conocimientos humanos que se les llama Ciencias; citaremos como ejemplo las «Naturales» Exactas, Físicas, Químicas, Morales, Políticas, Filosóficas, Económicas, Legislativas, Históricas, Sociológicas. Existiendo dos conceptos que las engloban todas, a saber: Ciencias puras, y Ciencias aplicadas.

El título del presente trabajo quizás lo interpreten algunos como eslabón directo del Hombre con las cosas abstractas, y sin embargo no es así, porque todas las Ciencias encuentran su sustentación sobre el planeta que habitamos, y todas son nexos del Hombre con la Tierra, la que, directamente, inicia a éste en todos los temas imaginables. Yo me permito invitarlos a que meditéis sobre esta curiosa generalización.

Y no solamente encuentra el Hombre en la Tierra todos los motivos de Arte: la Pintura, la Escultura, la Arquitectura, el Grabado, la Música, la Fotografía. Así, la Naturaleza, no solamente geometriza, dando idea de todas las líneas, de todos los planos, de todos los volúmenes y todas las perspectivas, sino que pinta, esculpe, arquitecturiza, graba y ejecuta, y fotografía.

La Tierra es el origen de todas las inspiraciones del hombre; el yunque sobre el que éste forja todos sus modelos; el hada que les da belleza, y el censor supremo que les presta su estabilidad secular. Hasta hace poco, bien estaba la frase «nuestra madre Tierra», pero hoy que la Técnica y la Ciencia especulativa han dado a la Vida y al Progreso un sentido absolutamente materialista, mejor está la frase «hermana Tierra», porque ella convive con nosotros, nos sobrevive, y acompañará a nuestros sucesores en las inquietudes del futuro, que desconocemos.

Eliseo Reclus nos señaló, con el índice sabio de su talento, el camino a seguir para llegar al estado de bondad y de pureza de un porvenir dichoso, con el título de su obra maestra, nunca bastante alabada «El Hombre y la Tierra», asociación insuperable, pues el primero representa a parte anímica de la asociación, mientras la segunda representa la parte material y corpórea que sustenta a aquella, la robustece y eterniza.

Describir la Tierra es la misión selecta de la Geología y de la Paleontología, ciencias específicas de este grano de arena sideral que nos permiten adivinar lo grande que es el Universo y lo pequeños que somos nosotros materialmente, pero que ayudados de la imaginación y del espíritu de fraternidad, llegamos a hermanarnos con esta tierra y con cuantas tierras, en número infinito, pueblan el Universo, y desde luego con todas las Humanidades que las cultivan.

A. Carsi

Los místicos de la guerra

La grafomanía de guerra no es solamente un fenómeno casi general, de la psicosis colectiva. Ella es la prueba evidente de las turbias manifestaciones espirituales e intelectuales, de las cuales no pudieron salvarse sino muy poco de los que debieron permanecer por encima de la contienda sangrienta.

El grafomano más característico es el «místico». Este es un tipo —no muy raro—especialmente entre poetas y predicadores, que se encuentran todos entre los combatientes del frente. Es un producto de la época, preauspicio también por una excesiva sensibilidad para crearse un mundo ficticio, sin vínculos orgánicos con las realidades primarias de la existencia humana, terrestre. La «literatura del místico» se halla pléfrica de misterios, de sombras y de relámpagos, buscando ciegamente al margen de la conciencia, si es que no cae más allá de la misma, embellecida con mágicas expresiones, con broderías verbales, de un retoricismo patético.

«... Nosotros esperamos (escribe uno de los místicos de guerra) el beso de los disparos, cual virgen temblorosa ante el amor desconocido...»

Lo que no impide al autor describir el término de la espera: un terrible y ridículo pánico, la fuga ante el enemigo «numéricamente superior». Para proseguir después: «Para mí la guerra no es más

que una especie de «grande riña»; los soldados muertos por el enemigo son apartados de los «cadáveres» que yacen tras un accidente. La batalla se ha espiritualizado... Así como los gestos de un albañil que construye una catedral exteriorizan el sentimiento divino, de la misma manera existen nobles estados del alma: honor, devoción, espíritu de sacrificio,

Por Eugen Relgis

patriotismo...» (Jean de Vignes Rouges: «La mystique de la guerre»).

«Honneur, bonheur!» (Honor, felicidad) escribió también Charles Péguy quien, a pesar de su inteligencia crítica, a pesar de su implacable lucidez con la cual combatía la política en sus formas odiosas, partió, en 1914, a la guerra, con la exaltación de un visionario y, después de las primeras luchas, pereció con un proyectil en el frente.

Romain Rolland, quien ha consagrado dos volúmenes a la vida y obra de este compañero de la juventud, demuestra que semejantes místicos exaltados son, de hecho, víctimas de la política. «Si alguna vez la política se ha introducido en la mística, igual que un gusano para roer y marchitar (el objeto de las furias convulsivas de Péguy entodo el curso de su

vida), eso ocurrió en las nuevas guerras así llamadas del Derecho, donde las ideologías mas puras son colocadas en el lecho de los intereses mas sucios».

Si Péguy se hubiese salvado de la guerra, hubierase despertado; habría reconocido el desequilibrio moral de la nación, la prostitución de la juventud en la embriaguez de los placeres y del dinero, incluso «la degradación inmundada que siguió después de la victoria». Jean de Vignes Rouges, anteriormente citado, tuvo suficiente tiempo para reflexionar, porque después de haber «espiritualizado» los combates, agregó: «Posiblemente, mas tarde, desearia analizar estas perturbaciones, estas exaltaciones, para reducirías a determinadas «deseys». Veria entonces en ellas los efectos de los contagios mentales—«exaltaciones nerviosas»—, cuya intensidad no puede ser medida y cuyas consecuencias no pueden ser previstas. Hasta es posible que tuviera la torpe ilusión de no ver más algo misterioso en ellas...»

Esta «torpe ilusión» no es, pues, más que la pura verdad, a la que los místicos de la guerra no la vieron a tiempo, para no distraer también con los horrores verbales las catástrofes de la realidad, cuyas consecuencias las sienten no solamente las «generaciones del sacrificio», sino asimismo los que se empeñan para levantar sobre ruinas el mundo nuevo, el mundo de la paz!



## Ciencia y conciencia del ANARQUISMO

En una de las obras teatrales de Andrieu, aparece un sabio astrónomo que, en su observatorio, un tanto alejado de la ciudad, vive abstraído con el estudio del mundo estelar. Como a Don Quijote, se le pasan «las noches de ciego en claro y los días de turbio en turbio» mirando las estrellas. En su país esta gestándose una intensa conmoción social que, a la postre, bamboleanando los estamentos sociales, desencadena una tremenda revolución. Y, el sabio que vivía abstraído, contemplando el cielo, sufre las consecuencias de los acontecimientos que en la tierra se suceden...

Hay sabios, en las ciencias y en las artes que, como el personaje del escritor ruso, viven un tanto alejados de la realidad ambiental. Mas, dejan sus obras, sus meticolosas observaciones científicas, para que otros las recojan; para que, quienes se ocupan de lo que afecta a los problemas sociales, lo

Y, desde entonces, la ética ha alcanzado un carácter fundamental, siendo objeto de las más variadas definiciones, desde Sócrates y los estoicos, pasando por el imperativo categórico, de Kant, hasta la moral de la solidaridad y del apoyo mutuo, sentada por Guyau y por Kropotkin, respectivamente.

Para los anarquistas, sea uno u otro nuestro ángulo de visión, creo se explica el dar prioridad a la moral sobre la ciencia. Vinculo los morales son los que pueden determinar la relación, crear la comprensión, la convivencia entre individuos y en lo que a la colectividad hace referencia. Primero es la conciencia de nuestros actos, de nuestra conducta. Ello independientemente del grado de cultura; del contenido intelectual que valore la propia personalidad.

La historia social nos muestra cómo ha habido núcleos, comunidades, desde épocas ya remotas,

### Por M. Saturn

vayan engranzando a sus teorías valorizando así sus concepciones ideológicas con aportaciones científicas que son válidas, por supuesto, hasta tanto posteriores investigaciones alcanzan a superarla.

Ahi están escuelas, asequibles a la atención del observador, del estudio, todas aquellas conclusiones que, en distintas ciencias, se vienen conociendo; se sabe que han sido comprobadas. El anarquista puede tomar aquello susceptible de ser asimilado y que llegue a nutrir el propio ideal, dándole así una mayor solidez, un más desarrollado poder de captación; la base experimental de su contenido doctrinal.

Ahora bien, lo que no puede dejarse de tener en cuenta, es que la ciencia no lo es todo. No puede elevarse la ciencia a la categoría máxima, como «factotum», posponiéndola a todo otro contenido. Ciencia sin conciencia alcanza un valor muy relativo encuadrado dentro del marco del ideal. Para los que de idealistas nos preciamos, es comprensible que, junto al punto de vista científico aumemos el sentido moral. Y, al hablar de moral, acude a la imaginación el nombre del que podríamos decir le dió un contenido racional; el que trató de fundamentar sus principios. Me refiero, como es de comprender, a Sócrates. Precisamente fué él quien, en su tiempo, se enfrentó contra aquellos que, de la ciencia hacían religión, elevándola a la categoría de divinidad. Anaxágoras, Empédocles, Demócrito, Parménides, etc., perdíanse en las más extravagantes divagaciones pseudo científicas. Se jugaba con toda suerte de abstracciones hasta que, Sócrates, sentó el principio de que, ante todo, era la ciencia del hombre, el conocimiento de nosotros mismos: el valor y repercusión en nuestras acciones lo que interesaba estudiar.

Estos días hemos leído en la prensa algo que hacia mucho tiempo habíamos leído en otros periódicos no menos autorizados y bien informados.

Steinberg, ex comisario del pueblo de Instrucción Pública y autor de «Veniste Monokov» y de «Maria Spiridinova», había ya roto el fuego en «Ingenieros del alma humana».

Lo más terrible de una dictadura no es el aparato policiaco, el terrorismo propiamente dicho del Estado omnipotente; no consiste en la represión, en la tortura y en el disparo en la nuca.

Existe una segunda parte más cauta, menos aparatosa, ni espectacular ni horripalante, una especie de programa a gran alcance con vistas a la transformación mental de todo un pueblo.

Ingenieros del alma humana llamaba Steinberg, hace más de quince años, a los grandes clones intelectuales soviéticos encargados de aplicar las consignas políticas a los dominios del pensamiento.

cuyos componentes, sin preparación cultural alguna, desenvolvíanse en un plano de equidad y de fraternal camaradería. Bien reciente está el caso de nuestra gestión revolucionaria y constructiva del 36. Particularmente en Andalucía, crearon colectividades, en las que casi todas sus componentes eran analfabetos. Mas como sea que en los individuos latía un intenso deseo de libertad, de equidad y de respeto mutuo; como sea que todos sentían la necesidad de trabajar en la obra común; dado que, en una palabra, eran anarquistas de corazón, la ausencia de cultura no era óbice para que dejaran de llevar adelante una actividad magnífica y ejemplar.

¡Ah!, pero no se trata tampoco de inclinarnos del lado de aquellos que, haciendo una amalgama de ciertos puntos de mira tolstoyano-naturistas, han lanzado su anatema a todo cuanto a la ciencia se refiere, llegando en este aspecto, con aquello de «la vuelta a la tierra» a una concepción regresiva, como si fueran como bueno aquel verso del clásico: lo de que «cualquier tiempo pasado fué mejor».

La civilización ha aportado para el hombre, y puede aportar en el futuro, singulares ventajas. Se trata de escoger, de seleccionar lo que en sentido humanitario ofrece interés, dejando de lado, combatiéndolo inclusive, todo cuanto vaya en menoscabo de los sentimientos humanitarios y de reivindicación social.

La ciencia, ya se ha dicho, está ahí, con toda una extensa gama de hechos comprobados. Escogamos, pues, en anarquistas, aquellos que nos puedan favorecer y, acoplándolos al contenido moral de las ideas, estaremos siempre a la altura del momento: cara al progreso humano, amplio y efectivo.

Como ex comisario de Instrucción Pública, renegado del stalinismo, Steinberg sabía, como vulgarmente se dice, dónde le apretaba el zapato.

En nuestro mundo de Occidente nos escandalizamos con frecuencia ante el simple hecho de que cuatro señores nos impongan la moda o manera de vestir desde Nueva York, Londres o París.

Los zollos del sistema soviético pueden imponer hasta la risa contra la voluntad del contribuyente que, libre de reír o no reír, permanezca serio, con o sin cosquillo.

Los mismos ingenieros pueden crear y suprimir estilos por des-

# ALCOHOLISMO y EDUCACION

Las batallas continúan en este país; después de la iniciada contra los prejuicios raciales, con los óptimos resultados relatados en mi crónica de la semana pasada, ahora se emprenden dos más: una contra el alcoholismo, considerada el problema número 4 de la salud pública; otra contra la intromisión del Estado federal en los colegios, escuelas, universidades, academias, etc., cuya independencia fué hasta ahora, uno de los mayores orgullos del ciudadano

no norteamericano, porque toda la instrucción y educación es obra de particulares, de las comunas, de las ciudades... En Washington no hay ministerio de Instrucción Pública.

A tres columnas aparece el primer artículo antialcohólico de la batalla, en el «New York Sun» de esta tarde; parece el cañonazo que inicia las hostilidades, como Dan Anderson, su autor, encabeza el texto con la advertencia: Firs Article, esperamos la andanada, que

consistirá en glosar lo que hoy asienta: el alcoholismo que debe combatirse es el que posee todas

### Por A. Sux

las características de una enfermedad, no el otro, que es vicio como el de fumar, necesidad física pasajera o psicológica circunstancial. Esta vez, aleccionados por

la experiencia realizada con la tristemente celebre ley seca, que dió nacimiento a los famosos «bootlegger», contrabandistas bandidos, cuya máxima gloria fué Al Capone, la batalla no es contra el alcohol, sino contra sus víctimas; cuando se conocen algunas cifras, esta nueva modalidad se comprende; lamento no poseer a mano las de este año, pero con las de 1947 basta y sobra para darnos una idea: los americanos gastan en bebidas alcohólicas de toda clase, por año (1947) la bonita suma de ocho mil setecientos millones de dólares, de los cuales un 40 por 100 va a parar a las arcas del Estado por concepto de impuestos; tres mil quinientos millones en el citado año de 1947... ¡Lo que puede hacer con 3.500 millones de dólares anuales, un gobierno como el de Estados Unidos...! ¡Lo que podría hacerse en pro del bienestar común con esos 8.700 millones de dólares que los ciudadanos norteamericanos gastan anualmente en alcoholes!...

Esta vez se respetará la libertad de comerciar con alcohol, para evitar que, de todas maneras se siga bebiendo sin beneficio alguno para el Estado, como ocurrió con la ley prohibicionista que desató una marejada de inmoralidad sobre los Estados Unidos, desde el tejado hasta el sótano, ensuciando reputaciones, causando asesinatos y millares de víctimas. Esta vez se convertirá el alcoholismo en enfermedad, como el cáncer, la tuberculosis, el reumatismo articular y otros. Considerado como calamidad nacional, el alcoholismo se combatirá como se combate a las otras enfermedades que son también calamidades nacionales. El eufemismo servirá para obtener un resultado práctico, aunque parezca que se trata de una hipocresía oficial.

Se ha comprendido tan perfectamente el sentido de la batalla contra el alcoholismo considerando problema de salud pública número 4, que hoy, ocho mil miembros de la Unión de «Bartenders» (despachadores de copas en los bares) inician un ataque al alcoholismo, sosteniendo al Comité que lo ha iniciado. A la cabeza de este contingente está Jack Townsend, presidente del «Bartenders Union of New York». En cada taberna se ha colocado una alcancía bien a la vista de los bebedores; en cada una de ellas un letrero que dice: «Colabore a la obra antialcohólica, con el valor de un trago». La campaña de los despachadores de bebidas alcohó-

licas contra el alcoholismo, tiene de recolectar cien mil dólares en tres distritos de la ciudad: Bronx, Manhattan y Brooklyn... ¡y los conseguirán en una semana!

¿Contrasentido? ¿Paradoja?... ¡Así es este pueblo juvenil, el único que parece capaz de sacar partido a la experiencia propia y extraña! El problema racial, el problema de la salud pública, el problema de la educación... Uno tras otro se resuelven... ¡y con una rapidez que asombra! Lo único deseable es que los otros problemas básicos, se resuelvan también... y tan bien.

El Sr. Thomas C. Boushall, en nombre de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, combate el proyecto gubernamental de invertir 500 millones anuales en la educación oficial del pueblo de Estados Unidos, ayudando a las escuelas particulares. «Esta ayuda—dijo el Sr. Boushall—, abre al Gobierno las vías del control de la educación pública, que ha sido, es y debe ser, función de las comunas, de las ciudades y de los Estados, nunca del Gobierno central». Esta es otra de las manifestaciones del indomito espíritu antiestatal del norteamericano. Para que se tenga una idea de lo que es la educación y la instrucción en este país, creo que bastará esta cifra: el «American Educational Directory», que da la lista de todos los centros educacionales del país, dedica noventa y dieciocho páginas, a dos columnas, a dar direcciones de colegios, escuelas, academias, universidades, bibliotecas, museos, etc. Todos costados por particulares, las comunas, las ciudades, los condados o distritos que, para sostenerlos, realizan colectas o fijan contribuciones personales, en asambleas tenidas especialmente todos los años, con tal objeto. Por esto es que muchos profesionistas con título de la Universidad Tal, no pueden ejercer en otros Estados sin revalidar el permiso de ejercer.

El hecho de que sea la Cámara de Comercio podría prestar a sus peticiones cuando se trata de la educación y de la instrucción del pueblo, pero no hay motivo; la Cámara de Comercio se alarma porque ese nuevo control del Estado es un paso más hacia un nuevo tipo de totalitarismo, que se llamará posiblemente totaldemocratismo, y se ejercera en nombre del pueblo, por el pueblo y para el pueblo... ¡Los de la Cámara de Comercio no comulgan con ruedas de molino!

## La evolución del «comunismo» de Estado

Al principio de la revolución rusa, en 1917, se hablaba en los medios bolcheviques de la evolución que debía producirse en lo que ya entonces era dictadura del proletariado.

El propio Stalin, parodiando a Lenin, decía refiriéndose a la abolición del Estado: «Evidentemente, estamos aún lejos de semejante sociedad». Lo que podría interpretarse como un deseo de llegar a la sociedad comunista libertaria.

La U.R.S.S., como la Rusia zarista, ha sido el país de las paradojas. Hizo una revolución para acabar con la miseria de muchos

los privilegios de pocos, y redujo el número de privilegiados pero aumentó el porcentaje de miserables. Terminó con la dictadura legendaria del zarismo, y creó la dictadura llamada pomposamente del proletariado para colocar en el poder a unos señores que, si lo fueron, dejaron de ser automáticamente, proletarios.

Cuando miramos el camino recorrido por la U.R.S.S., desde que el pueblo ruso dio al traste con los zares y la aristocracia blanca, nos horrorizamos. El sacrificio realizado por el pueblo ruso no le ha conducido, a fin de cuentas, más que a cambiar la figura siníestra de sus explotadores.

De Marx y de Engels tiene, el régimen soviético, mucho menos que de Maquiavelo, sin que esto signifique ensalzamiento de los primeros ni reconocimiento, para los soviets, de las virtudes, raras pero existentes, del segundo.

La evolución prometida ha sido una evolución retrógrada, a la inversa de como la esperaba y la quería el proletariado que terminó con Nicolás II. De nada, pues, le ha valido al pueblo ruso su esfuerzo y su sacrificio.

El comunismo de Estado nada tiene de comunismo y todo de Estado, del peor de los Estados, del Estado absoluto y totalitario.

Lejos de producirse la evolución que anunciaban en los albores de la revolución; lejos de dejarse del poder, del privilegio, de la explotación, Rusia se ha encallado, más y más, en lo que pretendía hacer desaparecer. El ejército del zar era inhumanamente inferior al ejército de Stalin, no en potencialidad bélica solamente, sino en número de soldados y militares. Las propias ambiciones del zar Nicolás han quedado reducidas a la nada ante las del dictador rojo, quien aspira, ni más ni menos, a extender su dominación, su poderío, al mundo entero. La propia Siberia sigue cobijando a los rebeldes que buscan su libertad, y en las heladas estepas son muchos los revolucionarios que yacen bajo la nieve eterna.

Nada extraordinario existe en todo ello. Las paradojas de que hablábamos, no son, en realidad, tales paradojas puesto que no podía esperarse otra cosa de quienes confundieron la palabra co-

munismo con la de dictadura. De las palabras que Stalin pronunció, de las que Lenin dijo, nadie quiere hoy acordarse porque, el monstruo que nació de la contrarrevolución bolchevique, castiga, implacablemente, lo que en aquellos hombres no fué más que un slogan y en otros puede ser y es una convicción y un objetivo: la abolición del Estado.

Tienen valor, para quienes sepan extraer de la propia amargura sanas experiencias, los hechos que, encadenados, forman la historia de la revolución rusa.

El sueño de todos los zares, la ambición de todos los esclavizados, está encarnada en la protesa figura de un régimen que, llamándose comunista, cobija al privilegio y resuelve sus problemas con la G.P.U. o con el piquete de ejecución.

Pobres obreros, pobres proletarios, los que en muchos países juegan inconscientemente su vida por un objetivo que, de lograrlo, maldecirán durante una eternidad.

El «comunismo» de Estado, la revolución bolchevique, la «democracia» popular, la dictadura del proletariado... poco importa el nombre que quiera dársele a la opresión; lo fundamental es saber comprender su significado y combatir con toda la fuerza de un sentimiento de libertad arraigado en un alma revolucionaria.

La bandera roja no puede encubrir los negros designios del imperialismo soviético, como no pueden las banderas estrelladas convencernos de una libertad que lo existe en ningún ámbito de tierra.

Los revolucionarios, los hombres de ideas libres, los seres que aspiran al bienestar de la Humanidad, apoyan fuertemente sus brazos contra el muro del Estado, para derriarlo, para derribarlo. Los que solicitan espaldas para en-

caramarse sobre ellas y llegar a la cúspide del poder, no pueden por menos que convertirse en avasalladores, porque el poder es el látigo que azota al género humano.

El fantasma de la «libertad» bolchevique no podrá mantener cerrados los ojos de una parte del proletariado durante mucho tiempo más.

Lenin describió la «democracia capitalista» muy acertadamente: «En la sociedad capitalista tenemos una democracia amputada, mezquina, falsa, una democracia solamente para los ricos, para la minoría». Pero olvidó de describir la dictadura del «proletariado». Olvidó de decir que la dictadura es, siempre, la razón de la fuerza, sobre la fuerza, de la razón. Que es la imposición brutal, bestial de los menos sobre los más. Que es la opresión descarada y descarada. Que es el privilegio hasta la muerte. Que es... lo que Stalin ha demostrado. Por eso lo recordamos nosotros; porque Lenin lo olvidó.

No hay mezquindades mayores, insultos más grotescos, maniobras más maquiavélicas, que las que efectúan sin cesar los partidarios de ese régimen trágico que el pueblo ruso adquirió creyendo obtener su libertad.

Los hombres quieren ser libres y lo serán a pesar del Estado y a pesar de los esclavizadores con sombrero de copa o gorra de mariscal.

Ideas de avanzada, de libertad, existen; y son profesadas, sentidas, por todos los hombres que saben que la palabra Estado, vaya seguida del calificativo democrático o proletario, bolchevique o laborista, marxista o conservador, significa en todo instante opresión, explotación y esclavaje.

JUAN PINTADO.

## De la intelectualidad proscrita

Voltaire, refugiado en Inglaterra, se llevó consigo a Francia la rima del pueblo inglés, la mejor salsa de sus obras. Los «Viajes de Micromegas» nos recuerdan en mucho los «Viajes de Gulliver». Su famosa novela filosófica «Candide» se escribió en Inglaterra, aunque se reeditó en Francia. Por otra parte, el ambiente de libertad religiosa, filosófica y política que se dejaba sentir en Inglaterra penetró hasta lo más profundo del alma de Voltaire, como se desprende de la esencia de sus «Cartas filosóficas sobre los ingleses», impresas en forma clandestina en Francia en 1743. Esta obra, como con razón senaba Condorcet, marca una revolución en los espíritus del pueblo francés, y tuvo el merito de ser quemada por el Parlamento y valerle un destierro a su autor, que no se electuó.

Victor Hugo concibió en el destierro algunas de sus mejores obras, los «Castigos», entre otras. Salvogecha, viviendo en Londres, se inspiró en Tomás Paine y ajustó su vida a este principio: «Mi patria es el mundo; los hombres todos, mis hermanos; mi religión, hacer el bien».

Las páginas más sentidas de las obras de Unamuno—«El Romancero del Destierro», «De Fuerteventura a París»—se escribieron en el destierro que le impuso Primo de Rivera, al que el gran escritor y ciudadano acusaba de tener «menos sesos que un gallo». Nosotros fuimos a su encuentro en una gasolinera a la desembocadura del Tago, acompañados por una representación de los trabajadores portugueses, cuando venía fugitivo de Fuerteventura. Despojado de las contradicciones y paradojas que lo desfiguraban, Unamuno se mostró sereno y grande, como nunca lo habíamos visto, ante aquel mar inquieto, ante los representantes del pueblo portugués y ante la causa de la Libertad, que hacía tan intensamente suya. Al separarnos para reintegrarnos a la lucha, a la que prometió seguir consagrándose, nos entregó un sentido saludo para los obreros portugueses y un relato de su destierro, que publicamos en un diario obrero de Lisboa.

¡Cómo se acordaría Unamuno de aquellos días gloriosos del destierro africano cuando años después, con la libertad perdida, oía rebuznar al energúmeno general fascista Millán Astray, nada menos que en la Universidad de Salamanca, el emporio clásico de las Ciencias y las Artes: «¡Viva la muerte! ¡Muera la inteligencia!», decía Millán Astray, comprendiendo en esos gritos todo el programa fascista.

Lo que hoy nos parece una desgracia para Zozaya, Bernardo de Quirós, Gonzalo de Reparaz, Castrovindo y otros hombres de corazón sano y cerebro luminoso, será el día de mañana su mejor página de gloria. La desgracia es para España, que pierde con ellos sus mejores luminarias. Y también para Francia, que después de tenerlos rodando por los suelos nuyrientes de un refugio, sin inspirarles respeto su bondad, su inteligencia y su ancianidad, los obligó a marchar como porcos a América, en busca de una nueva patria o de una

tumba. El más infortunado de todos, el gran poeta Antonio Machado, murió en tierra francesa, abandonado como un perro.

La Gran Revolución francesa, sol esplendorosa que con sus rayos venía a disipar las tinieblas de una Europa medieval, despertó, como era de esperar, las mejores esperanzas en los espíritus nobles de aquella época. Benjamin Franklin, uno de los americanos más insignes de su tiempo, manifiesta su manera de pensar en la carta dirigida a Samuel Moore en 1789: «Espero que el fuego revolucionario que comienza a dominar en Europa ejerza sobre los derechos del hombre la misma acción que el fuego sobre el oro; esto es, que los purifique sin destruirlos, a fin de que el hombre viva como en su patria en cualquier punto del Globo.»

Así lo entendía también un alemán muy original, Anacarsis Klotz, cuando decía con orgullo en París, arrastrado por el torbellino de la Revolución: «Yo soy ciudadano del mundo.»

Otro hombre insignie, esta vez un inglés, el doctor Price, en un sermón famoso predicado en Londres, llamaba la atención de sus feligreses sobre un acontecimiento sensacional que acababa de ocurrir: la toma de la Bastilla, y que cambiaría la faz del mundo. Las palabras del doctor Price fueron el clarín sonoro que despertaba con sus resonantes ecos a los liberales ingleses, fundándose el partido de los defensores de la Revolución francesa. Fué necesario que el genio penetrante de W. Goodwin, con una lógica irrefutable, señalase en su famosa obra «Political Justice» los verdaderos límites de aquella Revolución, en la que si es verdad que todas las ideas sociales de nuestra época tuvieron su germen, no se trataba ni más ni menos que del advenimiento de la clase burguesa y capitalista.

Pero las esperanzas de aquellos hombres no llegaron a realizarse, y el perseguido político, el idealista, apenas si pudo encontrar un sitio en donde reclinar tranquilamente la cabeza. Ocorre que los hombres que forjan una revolución, y más de la categoría y magnitud de la francesa, son gigantes del espíritu, pero los que les suceden y recogen su fruto son pigmeos morales, dispuestos a imitar, no a los hombres libres a quienes tanto debieron, sino a los opresores, de quienes pretenden falsamente alejarse. Hubo países, casi todos los de América, que en una época abrieron de par en par sus puertas, precisamente cuando la mano de obra les era necesaria para su desarrollo industrial; pero una vez esto alcanzado y la clase capitalista constituida y fuerte, aquellas puertas se cerraron para los trabajadores humildes y los idealistas, temerosos los burgueses de que fueran a perturbar lo que ellos llaman el orden social, antesala de la guerra.

Pedro Vallina

